

Demasiado hormigón

Cada vez que uno va a la costa Mediterránea se encuentra con que se ha urbanizado mucho más territorio. Prácticamente ya no existen líneas de playa vírgenes, y las construcciones avanzan hacia el interior escalando montañas, bordeando los cauces secos de los ríos, ocupando valles y barrancos con la celeridad de los hongos y el ciego e infatigable afán de una plaga de langosta. No sé cuántos campos de golf hay y cuántos dicen que se van a hacer, muchos de ellos no sólo con césped en los *grines* o en las calles, sino en los clubes sociales, en los hoteles y urbanizaciones que los circundan y hasta en las cunetas de las carreteras de acceso. (No hace mucho tiempo leí que cada uno de estos campos de golf consumía la misma agua que una ciudad de 100.000 habitantes). Y a los campos de golf hay que sumarle los parques de atracciones, las ciudades del ocio, las autopistas, los puertos y aeropuertos, las ciudades geriátricas (hasta treinta hay proyectadas en la Costa del Sol malagueña) y un largo etcétera que levanta barreras de cemento donde antes se veía el mar y ocupa con alquitrán el suelo donde antes crecían los pinos.

El avance parece no tener fin. La demanda de terreno es tal que por mucho que se libere siempre hay escasez de oferta. En la Costa del Sol el precio del suelo representa hasta el 80% del precio de la vivienda, según declaraciones a *El País* (17-8-2002) del Delegado de la Consejería de Obras Públicas y Urbanismo de la Junta de Andalucía en Málaga, cuyo nombre, Enrique Salvo Tierra, bien podía ser el del protagonista de una novela de ciencia-ficción que debiera luchar contra una organización criminal de especuladores enloquecidos. El precio medio de un piso corriente en Málaga es ya de 30 ó 40 millones de pesetas, a los que como dice Salvo Tierra- en ningún caso pueden acceder los jóvenes, a quienes hacen contratos basura de 90.000 ó 100.000 pesetas al mes, con lo que se da la paradoja de que los habitantes de las ciudades de la costa acaban viviendo lejos de donde nacieron y lejos de donde trabajan, porque esos precios desmesurados sólo pueden pagarlos rentas más altas, generalmente de habitantes de zonas de interior que compran inmuebles como una inversión especulativa, muchas veces

endeudándose y pagando las hipotecas con los increíbles alquileres de la temporada veraniega.

A mí todo este enmogollonado crecimiento me abrume, quizá porque soy de poco ruido y tierra adentro. Y me preocupa, además, por lo económico y por lo ecológico. Salvo Tierra dice que el nivel de ocupación de las viviendas del litoral en la primera línea de playa oscila entre el 50% y el 60%, no más, por la razón antes expresada de que no se compran para disfrutarlas, sino a la espera de que alcancen un mayor valor, y -añado yo- cuando el valor sólo depende de expectativas puede crearse una burbuja que, como la de la bolsa, quizá acabe estallándonos en la cara. El peligro no es irreal y acecha. Este año han entrado menos turistas extranjeros, lo que es perfectamente comprensible a la luz de lo que uno ve en la costa: precios escandalosos, playas cada vez más cortas y cada vez más lejanas y hormigón a derecha e izquierda, por delante y por detrás, hormigón sobre las rocas, ocupando las vegas y coronando los peñascos, y donde no hay hormigón, agujeros enormes que serán cimientos de hormigón y grúas enormes para construir estructuras de hormigón. Mucho hormigón. Demasiado hormigón, y, al parecer, no sólo para mi gusto.

Juan Bosco Castilla